

La Trinidad

Por Herman Bavinck

El Ser Eterno se revela a Sí mismo en Su existencia trina de manera incluso más rica y vital que en Sus atributos. Es en esta santa trinidad que cada atributo de Su Ser, por así decirlo, alcanza su plenitud, alcanza su contenido más pleno y asume su significado más profundo. Es solo cuando contemplamos esta trinidad que sabemos quién y qué es Dios. Además, solo entonces sabemos quién es Dios y lo que Él es para la humanidad perdida. Podemos saber esto solo cuando le conocemos y confesamos como el Dios Trino del Pacto, como Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Al considerar esta parte de nuestra confesión es particularmente necesario que un tono de santa reverencia y un sentido de sobrecogimiento infantil sean la característica de nuestro enfoque y actitud. Para Moisés fue un momento extraordinario e inolvidable cuando el Señor se le apareció en el desierto en la llama de fuego que provenía de la zarza. Cuando Moisés observó aquel fuego flameante, que ardía pero no se consumía, desde cierta distancia, y cuando quiso acercarse apresuradamente al lugar, el Señor le contuvo y dijo: “No te acerques; quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es. Entonces Moisés cubrió su rostro, porque tuvo miedo de mirar a Dios.” (Éxo. 3:1-6)

Tal respeto santo también nos conviene a medida que somos testigos de cómo Dios se revela a Sí mismo en Su Palabra como un Dios Trino. Pues debemos recordar siempre que a medida que estudiamos este hecho no estamos tratando con una doctrina acerca de Dios, con un concepto abstracto, o con una proposición científica acerca de la naturaleza de la Divinidad. No estamos tratando con una invención humana que nosotros mismos u otros han impuesto sobre los hechos, y que ahora tratamos de analizar y desmembrar de manera lógica. Antes bien, al tratar con la Trinidad, estamos tratando con Dios mismo, con el único y verdadero Dios, quien se ha revelado a Sí mismo como tal en Su Palabra. Es como se lo dijo a Moisés: Yo soy el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob (Éxo. 3:6). Así se nos revela Él mismo en Su Palabra y se manifiesta a nosotros como Padre, Hijo y Espíritu.

Es de este modo que la iglesia Cristiana siempre ha confesado la revelación de Dios como el Dios Trino, y la ha aceptado como tal. La encontramos en los Doce Artículos del Credo de los Apóstoles. El Cristiano no está diciendo en ese credo simplemente como piensa con respecto a Dios. No está allí dando una noción de Dios, ni diciendo que Dios tiene tales y tales atributos, y que existe de esta y esta manera. En lugar de eso, confiesa: Creo *en* Dios el Padre, y *en* Jesucristo Su único Hijo, y *en* el Espíritu Santo: Creo en el Dios Trino. Al confesar esto el Cristiano expresa el hecho de que Dios es el Dios vivo y verdadero, que Él es Dios como Padre, Hijo y Espíritu, el Dios de Su confianza, a quien se ha rendido de manera completa, y en quién descansa con todo su corazón. Dios es el Dios de su vida y su salvación. Como Padre, Hijo y Espíritu, Dios le ha creado, redimido, santificado, y glorificado. El Cristiano le debe todo a Él. Es su gozo y consuelo el que pueda creer *en* ese Dios, confiar en Él, y esperar todo de Él.

Lo que el Cristiano continúa confesando acerca de ese Dios no es resumido por él en una

cantidad de términos abstractos, sino que se describe, más bien, como una serie de hechos realizados por Dios en el pasado, en el presente, y que serán hechos en el futuro. Son los hechos, los milagros, de Dios lo que constituye la confesión del Cristiano. Lo que el Cristiano confiesa en su credo es una historia larga, ancha y muy alta. Es una historia que abarca a todo el mundo en su longitud y anchura, en su principio, proceso y fin, en su origen, desarrollo y destino, desde el punto de la creación hasta el cumplimiento de las edades. La confesión de la iglesia es una declaración de los poderosos hechos de Dios.

Esos hechos son numerosos y se caracterizan por una gran diversidad. Pero también constituyen una unidad estricta. Están relacionados unos con otros, preparados los unos para los otros y son interdependientes. Hay en ello orden y patrón, desarrollo y movimiento hacia arriba. Procede de la creación a través de la redención hacia la santificación y la glorificación. El fin regresa al principio y no obstante es, al mismo tiempo, el ápice que se halla exaltado por encima del punto de origen. Los hechos de Dios forman un círculo que sube hacia arriba en forma de espiral; representan una armonía de la línea horizontal y vertical; se mueven hacia arriba y adelante al mismo tiempo.

Dios es el arquitecto y constructor de todos esos hechos, la fuente y objetivo final de todos ellos. De Él, a través de Él y para Él son todas las cosas. Él es su Hacedor, su Restaurador y Realizador. La unidad y diversidad en las obras de Dios proceden desde y regresan a la unidad y diversidad que existen en el Ser Divino. Ese Ser es un ser, único y simple. Al mismo tiempo ese ser es triple en Su persona, en Su revelación y en Su influencia. Toda la obra de Dios es un todo inquebrantable, y no obstante comprende la variedad y el cambio más rico. La confesión de la iglesia comprende la totalidad de la historia del mundo. En esa confesión están incluidos los momentos de la creación y la caída, la reconciliación y el perdón, y la renovación y la restauración. Es una confesión que procede del Dios trino y que conduce todo de regreso a Él.

Por lo tanto, el artículo de la santa trinidad es el corazón y médula de nuestra confesión, el destino y marca distintiva de nuestra religión, y la alabanza y consuelo de todos los verdaderos creyentes en Cristo.

Es esta confesión la que ha estado en juego en la batalla de los espíritus a lo largo de los siglos. La confesión de la santa trinidad es la perla preciosa que le fue confiada a la iglesia Cristiana para que la guardara y la defendiera.

* * * * *

Si esta confesión de la trinidad de Dios toma tal posición tan crucial en la fe Cristiana, es importante saber sobre qué fundamento descansa y desde cuál fuente ha fluído hacia la iglesia. No son pocos en nuestro tiempo que sostienen que es el fruto del argumento humano y del aprendizaje académico y quienes, por consiguiente, la consideran sin valor alguno para la vida religiosa. Según ellos el Evangelio original, tal y como fue proclamado por Jesús, no sabía nada de tal doctrina de la trinidad de Dios – es decir, nada sobre el término en sí ni sobre la realidad que el término tenía como propósito expresar. Fue solo – así sigue el argumento – cuando el Evangelio original y simple de Jesús llegó a estar en relación con la filosofía Griega y que fue falsificado por ella que la iglesia Cristiana absorbió la persona de Cristo en Su naturaleza Divina, y eventualmente también al Espíritu

Santo en el Ser Divino. Así sucedió que la iglesia llegó a confesar a tres personas en un ser Divino.

Pero la iglesia Cristiana en sí siempre ha tenido una idea bastante diferente con respecto a eso. Miró en la doctrina de la trinidad no un descubrimiento por parte de teólogos perspicaces, no un producto del casamiento entre el Evangelio y la filosofía Griega, sino más bien una confesión que fue materialmente concluida en el Evangelio y en toda la Palabra de Dios – una doctrina, en pocas palabras, que fue inferida por la fe Cristiana a partir de la revelación de Dios. En respuesta a la pregunta, “Puesto que no hay sino un solo Ser Divino, ¿porqué habláis del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo?” el Catecismo de Heidelberg da una breve y concluyente respuesta: Porque Dios así se ha revelado a Sí mismo en Su Palabra (Pregunta 25). La revelación de Dios es el fundamento firme sobre el cual descansa también esta confesión de la iglesia. Es la fuente a partir de la cual esta doctrina de la única iglesia, santa y católica ha crecido y ha sido edificada. De este modo Dios se ha revelado a Sí mismo. Y Él se ha revelado a Sí mismo de este modo, como un Dios trino, porque Él existe de esa manera; y Él existe de esta manera porque Él así se ha revelado a Sí mismo.

La Trinidad en la revelación de Dios señala de regreso a la Trinidad en Su existencia.

Esta revelación no se dio en un solo momento. No se presentó y se perfeccionó en un solo punto en el tiempo. Más bien, esta revelación tiene una larga historia, se diseminó a lo largo de siglos. Comenzó en la creación, continuó después de la caída en las promesas y hechos de gracia que les fueron dados a Israel, y alcanzó su ápice en la persona y obra de Cristo, en el derramamiento del Espíritu Santo, y en el establecimiento de la iglesia. Se sostiene a sí misma ahora a lo largo de siglos, y en contra de toda oposición, en el testimonio de la Escritura, que no puede erradicarse, y en la firme confesión de la iglesia. Debido a que la revelación ha tenido esta larga historia, hay progreso y desarrollo también en la confesión de la existencia trina de Dios. Dios no experimenta cambio, permanece siempre el mismo. Pero en el progreso de la revelación Él mismo se hace más claro y más glorioso a la gente y a los ángeles. A medida que Su revelación continúa nuestro conocimiento crece.

* * * * *

Cuando, en los días del Antiguo Testamento, Dios comenzó a revelarse a Sí mismo, lo que se halla en primer plano es ciertamente la unidad, el carácter único, de Dios.

Pues, debido al pecado del hombre, el conocimiento puro de Dios se había perdido; la verdad, como Pablo dice con profundidad, fue detenida en injusticia. Aún aquello que de Dios puede saberse, en las cosas que Él ha hecho, fue hecho vano por sus imaginaciones y fue entenebrecido por la necedad de sus corazones. En todas las esferas la humanidad cayó en idolatría y en la adoración de imágenes (Rom. 1:18-23).

Por ende fue necesario que la revelación comenzara con un énfasis en la unidad de Dios. Parece clamar a voces a la humanidad: Los dioses ante los cuales os inclináis no son el Dios verdadero. No hay sino un Dios verdadero, es decir, el Dios quien al principio hizo los cielos y la tierra (Gén. 1:1 y 2:1), el Dios que se dio a conocer a Abraham como el Dios Todopoderoso (Gén. 17:1 y Éxo. 6:3), el Dios que se le apareció a Moisés como Jehová,

como *Yo soy el que soy* (Éxo. 3:14), y el Dios que, por el favor divino, escogió al pueblo de Israel, y les llamó, y les aceptó en Su pacto (Éxo. 19:4ss.). Primero que todo, por lo tanto, la revelación tuvo como su contenido: solo Jehová es Elohim, solo el Señor es Dios, y no hay otro Dios aparte de Él.¹

También para el pueblo de Israel la revelación del carácter único de Dios era algo desesperadamente necesario. Israel se hallaba rodeado por todas partes por paganos y por paganos que trataban por todos los medios de tentarle hacia la apostasía y la infidelidad al Señor; además, allí y hasta la cautividad gran parte del pueblo de Israel se sentía atraído a la idolatría pagana y a la adoración de imágenes, y una y otra vez cayeron en su práctica a pesar de la prohibición de la ley y la advertencia de los profetas. Por lo tanto, Dios mismo colocó el énfasis del hecho de que Él, el Señor, quien ahora se le estaba apareciendo a Moisés y quien quería redimir a Su pueblo por medio de Moisés, era el mismo Dios que se había dado a conocer a Abraham, Isaac y Jacob como el Dios Todopoderoso (Éxo. 3:6 y 15). Cuando le dio Su ley a Israel escribió sobre ella como su preámbulo: Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre. Y en el primer mandamiento, y en el segundo, prohibió estrictamente toda idolatría y adoración de imágenes (Éxo. 20:2-5). Debido a que el Señor nuestro Dios uno es, Israel debe amarle con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas (Deut. 6:4-5). Solo el Señor es el Dios de Israel y por lo tanto Israel debe servirle solo a Él.

Sin embargo, a pesar del hecho de que el carácter único de Dios se enfatiza tan fuertemente, y, por así decirlo, constituye el primer artículo de la ley básica de Israel, las distinciones en esa unidad de la Deidad salen a la luz también a medida que en esa revelación progresa Su plenitud del Ser. El nombre mismo que usualmente se emplea para designar a Dios en el Hebreo original tiene aquí un cierto significado. Pues este nombre *Elohim* se halla en forma plural, y por lo tanto, aunque no designa, como antes generalmente se suponía, a las tres personas del Ser divino, sí señala, en su carácter como un plural intensivo, a la plenitud de vida y poder que están presentes en Dios. Sin duda es en relación con este mismo hecho que Dios algunas veces, al hablar de Sí mismo, usa un referente plural, y por este medio hace distinciones en Sí mismo que conllevan un carácter personal (Gén. 1:26-27; 3:22; e Isa. 6:8).

De mayor significado es la enseñanza del Antiguo Testamento en el sentido de que Dios trae todo a la existencia, en Su creación y providencia, por medio de Su Palabra y Espíritu. Él no es un ser humano que, a costa de gran dificultad y esfuerzo, hace algo más a partir de materiales que tiene a mano. En lugar de ello, simplemente por el acto de hablar Él trae todo a la existencia a partir de nada.

En el primer capítulo del Génesis se nos enseña esta verdad de la manera más majestuosa posible, y también en otras partes, se expresa de la manera más gloriosa en prosa y canción. Él habla, y es hecho; Él ordena, y todo existe (Sal. 33:9). Él envía Su palabra, y derrite el hielo (Sal. 147:18). Su voz se halla sobre las aguas, sacude el desierto, hace que las colinas salten como terneros, y descubre los bosques (Sal. 29:3-10). Dos verdades son contenidas en este registro exaltado de las obras de Dios: la primera es que Dios es el Todopoderoso que no tiene sino que hablar y todas las cosas llegan a existir, cuya palabra es *ley* (Sal. 33:9)

1 Deut. 4:35, 39; Jos. 22:22; 2 Sam. 7:22; 22:32; 1 Reyes 18:39; Isa. 45:5,18,21; y otras partes.

y cuya voz es *poder* (Sal. 29:4); y la segunda es que Dios opera deliberadamente, y no sin previsión, y lleva a cabo todas Sus obras con la más elevada sabiduría. La palabra que Dios habla es poder, pero es también vehículo del pensamiento. Él ha hecho la tierra por Su poder, Él ha establecido el mundo por Su sabiduría, y ha extendido los cielos por Su inteligencia (Jer. 10:12 y 51:15). Él ha hecho todas Sus obras en sabiduría: la tierra está llena de Sus riquezas (Sal. 104:24). Esta sabiduría de Dios no le llegó desde fuera de Él mismo, sino que estaba con Él desde el principio. La poseía como el principio de Su camino, antes de Sus obras de antaño. Cuando Él preparaba los cielos, estableció un compás sobre la faz del abismo, estableció las nubes por encima, fortaleció las fuentes del abismo, entonces la sabiduría ya estaba allí, ya había sido engendrada a su lado, era diariamente su delicia y se regocijaba siempre delante de Él (Prov. 8:22-31 y Job 20:20-28). Dios se regocijó en la sabiduría con la cual creó el mundo.

Junto a esta palabra y sabiduría el Espíritu de Dios, como el Mediador de la creación, hace Su aparición así como Dios, de una vez y al mismo tiempo *es* sabiduría y la *posee*, de modo que Él puede compartirla y puede exhibirla en Sus obras, así Él mismo es Espíritu en Su ser (Deut. 4:12,15) y Él posee el Espíritu, aquel Espíritu por el cual puede habitar en el mundo y estar siempre presente, y en todas partes, en él (Sal. 139:7). Sin que nadie haya sido Su consejero, el Señor, por Su Espíritu, trajo todo a la existencia (Isa. 40:13ss.). En el principio aquel Espíritu se movía sobre la faz de las aguas (Gén. 1:2), y permanece activo en todo lo que fue creado. Por ese Espíritu adorna los cielos (Job 26:13), renueva la faz de la tierra (Sal. 104:30), le da vida al hombre (Job 33:4), mantiene el hálito en el hombre (Job 27:3), y también hace que la hierba se seque y que se marchite la flor (Isa. 40:7). En resumen, por la Palabra del Señor fueron hechos los cielos, y toda la hueste de ellos por el Aliento de Su boca (Sal. 33:6).

* * * * *

Y esta auto-diversidad de Dios se muestra aún más en las obras de la re-creación. Entonces no es Elohim, sino Jehová, no Dios en general, sino el Señor, el Dios del pacto, quien se revela a Sí mismo y quien se da a conocer en las maravillas de la redención y la salvación. Como tal Él redime y dirige a Su pueblo, no solo por Su palabra la cual Él habla o les ha transmitido, sino también por medio del Ángel del pacto (el Ángel del Señor). Este Ángel aparece ya en la historia de los patriarcas: a Hagar (Gén. 16:6ss.), a Abraham (Gén. 18ss.), y a Jacob (Gén. 28:13ss.). Este Ángel revela Su gracia y poder especialmente en la emancipación de Israel de la esclavitud de Egipto.² Este Ángel del Señor no se halla en el mismo plano de importancia en el que se hallan los ángeles creados; más bien, Él es una revelación y manifestación especial de Dios. Por un lado, Él se distingue claramente de Dios, quien habla de Él como de Su Ángel, y aún así, por otro lado, es uno en nombre con Dios mismo, y en poder, en redención y bendición, en dignidad de adoración y honor. Él es llamado Dios en Génesis 16:13, el Dios de Bethel en Génesis 31:13, intercambia lugares con Dios o el Señor (Gén. 28:30, 32 y Éxo. 3:4), y porta el nombre de Dios consigo (Éxo. 23:21). Él redime de todo mal (Gén. 48:16), rescata a Israel de mano de los Egipcios (Éxo. 3:8), parte las aguas y seca el mar (Éxo. 14:21), preserva al pueblo de Dios en el camino, los trae con seguridad a Canaán, hace que triunfen sobre sus enemigos (Éxo. 3:8 y 23:20), ha de ser absolutamente obedecido como si fuese Dios Mismo (Éxo. 23:20) y siempre

² Éxo. 3:2; 13:21; 14:19; 23:20-23; 32:34; 33:2 y Núm. 20:16.

acampa alrededor de aquellos que temen al Señor (Sal. 34:7 y 35:5).

Así como en Su obra re-creadora Jehová lleva a cabo Sus actividades redentoras a través de este Ángel del pacto, así Él, por Su Espíritu, dispensa todo tipo de energías y dones a Su pueblo. En el Antiguo Testamento el Espíritu del Señor es la fuente de toda vida, todo impulso y toda habilidad. Él otorga valentía y fortaleza a los jueces, a Otoniel (Jueces 3:10), Gedeón (Jueces 6:34), Jefté (Jueces 11:29), y a Sansón (Jueces 14:6 y 15:14). Otorga una percepción artística a quienes diseñan y elaboran los trajes de los sacerdotes, el tabernáculo y el templo,³ y da sabiduría y entendimiento a los jueces que llevan la carga del pueblo junto con Moisés (Núm. 11:17,25). Otorga el espíritu de profecía a los profetas,⁴ y renueva, santifica y guía a todos los hijos de Dios (Sal. 51:12-13 y 143:10).

En resumen: la Palabra, la promesa, el pacto, que el Señor le dio a Israel en el éxodo de Egipto, han existido a lo largo de las edades, y aún se hallan firmes aún después de la Cautividad en los días de Zorobabel, para que el pueblo no tuviese necesidad de temer (Hageo 2:4-5). Cuando el Señor sacó a Israel de Egipto Él llegó a ser el Salvador de Israel. Y esta disposición de Dios hacia Su pueblo llegó a expresarse en el hecho de que en todas sus opresiones Él fue oprimido (Él consideró la aflicción de Su pueblo como Su propia aflicción), y que luego les enviara Su Ángel para preservarles. Él los redimió por Su amor y gracia y les levantó y les dirigió como los Suyos a lo largo de aquellos días de antaño. Les envió el Espíritu de Su santidad para así conducirles en los caminos del Señor (Isa. 63:9-12). En los días del Antiguo Testamento el Señor, a través del sumo sacerdote, estableció Su triple bendición sobre el pueblo de Israel: la bendición de la vigilia, la bendición de gracia y la bendición de paz (Núm. 6:24-26).

De este modo, y de manera gradual, pero sin dejar lugar a dudas, la triple distinción en el ser Divino llega a expresarse ya en la historia de la dirección de Dios a Israel. Sin embargo, el Antiguo Testamento incluye las promesas adicionales que en el futuro habrá una revelación más alta y más rica. Después de todo Israel repudió la Palabra del Señor e hicieron enojar a Su Santo Espíritu (Isa. 63:10 y Sal. 106). La revelación de Dios en el Ángel del pacto y el Espíritu del Señor probaron ser inadecuados: si Dios deseaba confirmar Su pacto y cumplir Su promesa, sería necesaria otra revelación más alta.

Tal revelación fue anunciada por los profetas. En el futuro, en los últimos días, entonces el Señor levantará de en medio de Israel a un profeta como lo fue Moisés, y el Señor pondrá Sus palabras en la boca de ese profeta (Deut. 18:18). Este será un sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec (Sal. 110:4); será un rey que saldrá de la casa de David (2 Sam. 7:12-16), un vástago que saldrá del tronco de Isaí (Isa. 11:1), un rey, juzgando y buscando juicio (Isa. 16:5). Será un hombre, un ser humano, y el hijo de una mujer (Isa. 7:14), será sin belleza ni atractivo (Isa. 53:2ss.); pero, al mismo tiempo, será Emmanuel (Isa. 7:14), el Señor nuestra justicia (Jer. 23:6), el Ángel del pacto (Mal. 3:1), el Señor mismo apareciendo a Su pueblo (Ose. 1:7 y Mal. 3:1). Y porta el nombre de Admirable, Consejero, Dios Poderoso, Padre Eterno, Príncipe de Paz (Isa. 9:6).

Esta manifestación del siervo del Señor ha de ser seguida por una dispensación más rica del

³ Éxo. 28:3; 31:3-5; 35:31-35; y 1 Crón. 28:12.

⁴ Núm. 11:25,29; 24:2-3; Miqueas 3:8 y pasajes similares.

Espíritu Santo. Como el Espíritu de sabiduría y entendimiento, de consejo y de fuerza, del conocimiento y temor del Señor, este Espíritu descansará sobre el Mesías (Isa. 11:2; 42:1 y 61:1). Será derramado sobre toda carne, sobre hijos e hijas, viejos y jóvenes, siervos y siervas,⁵ y dará un nuevo corazón y un nuevo espíritu, de modo que Su pueblo pueda caminar en Sus estatutos, y guardar Sus ordenanzas y ponerlas por obra.⁶

De este modo el Antiguo Testamento señala que la plena revelación de Dios consistirá de la revelación de Su ser trino.

* * * * *

Esta promesa y anuncio del cumplimiento del Nuevo Testamento es algo que satisface plenamente. También en este sentido, la unidad o unicidad de Dios es el punto de partida de toda la revelación.⁷ Pero a partir de esta unicidad llega a mostrarse en una luz más clara la diferencia en el ser Divino, ahora en el Nuevo Testamento. Esto sucede primero en los grandes eventos redentores de la encarnación, la satisfacción y derramamiento, y luego en la instrucción de Jesús y Sus apóstoles. La obra de la salvación es una sola, una obra de Dios de principio a fin. Pero hay tres momentos en ella, la elección, el perdón y la renovación, y estas tres señalan a una causa triple en el ser Divino: es decir, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

La concepción misma de Cristo nos muestra ya la triple actividad de Dios. Pues mientras el Padre da el Hijo al mundo (Juan 3:16), y mientras el Hijo mismo desciende del cielo (Juan 6:38), ese Hijo es concebido en María por el Espíritu Santo (Mat. 1:20 y Lucas 1:35). En Su bautismo Jesús es ungido por el Espíritu Santo, y es allí públicamente declarado como el amado Hijo del Padre, el Hijo en quien Él se complace (Mat. 3:16-17). Las obras que Jesús hizo le fueron mostradas por el Padre (Juan 5:19 y 8:38), y son llevadas a cabo por Él en el poder del Espíritu Santo (Mat. 12:28). En Su muerte se ofrece a Dios en el Espíritu eterno (Heb. 9:14). La resurrección es un levantamiento realizado por el Padre (Hch. 2:24) y es al mismo tiempo el propio acto de Jesús por el cual se prueba en gran manera que Él es el Hijo del Padre según el Espíritu de santidad (Rom. 1:3). Y después de Su resurrección Él, a los cuarenta días, asciende en el Espíritu que le vivificó a lo alto en los cielos y allí sujeta a ángeles, autoridades y poderes a Sí mismo.

La enseñanza de Jesús y los apóstoles concuerda plenamente con la lección de aquellos eventos en sí.

Jesús vino a la tierra para declarar al *Padre* y para dar a conocer Su nombre entre los hombres (Juan 1:18 y 17:6). El nombre de padre aplicado a Dios como creador de todas las cosas también fue usado por los paganos. Este significado del término también es respaldado por la Escritura en varios lugares.⁸ Además, el Antiguo Testamento usa muchas veces la designación Padre para referirse a la relación teocrática de Dios con Israel porque en Su maravillosa habilidad Él ha creado y sostenido esa relación (Deut. 32:6 e Isa. 63:16). Pero en el Nuevo Testamento se arroja una nueva luz gloriosa sobre este nombre de padre

5 Joel 2:28-29; Isa. 32:15; 44:3; Eze. 36:26-27 y Zac. 12:10.

6 Eze. 11:19-20; 36:26; Jer. 31:31-34 y 32:38-41.

7 Juan 17:3; 1 Cor. 8:4 y 1 Tim. 2:5.

8 Lucas 3:38; Hechos 17:28; Efe. 3:15 y Heb. 12:9.

mientras se aplica a Dios. Jesús siempre indica una diferencia esencial entre la relación en la cual Él mismo se halla con Dios y aquella en la cual otros, digamos los Judíos o los discípulos, se hallan con Él. Cuando, por ejemplo, les enseña a Sus discípulos, a petición de ellos, el “Padre Nuestro...” Él dice expresamente “Cuando *vosotros* oréis, decid...” Y cuando, después de la resurrección, Él anuncia su próxima ascensión a María Magdalena, Él dice: “Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios” (Juan 20:17). En otras palabras, Dios es Su *propio* Padre (Juan 5:18). Él conoce al Hijo y le ama de tal manera y con tal profundidad que, recíprocamente, solamente el Hijo puede conocer y amar al Padre.⁹ Entre los apóstoles, por consiguiente, se hace referencia constantemente a Dios como el Padre de nuestro Señor Jesucristo (Efe. 1:3). Esta relación entre el Padre y el Hijo no se desarrolló en el tiempo sino que existía desde la eternidad (Juan 1:1, 14; 17:24). Por lo tanto, Dios es Padre en primer lugar porque en un sentido muy único Él es el Padre del Hijo. Esta es Su característica personal original y especial.

En un sentido derivado Dios es llamado más adelante Padre de todas las criaturas porque Él es su creador y sustentador (1 Cor. 8:6, y otras partes). Él es llamado el Padre de Israel porque Israel es la obra de Sus manos en virtud de la elección y el llamamiento (Deut. 32:6 e Isa. 64:8), y el Padre de la iglesia y todos los creyentes porque el amor del Padre por el Hijo les alcanza (Juan 16:27 y 17:24) y porque han sido aceptados como Sus hijos y son nacidos de Él por medio del Espíritu (Juan 1:12 y Rom. 8:15).

Por lo tanto, el Padre es siempre el *Padre*, la primera persona, Aquel de quien, en el ser de Dios, en el consejo de Dios, y en todas las obras de creación y providencia, redención y santificación, procede la iniciativa. Él le dio al Hijo el que tuviera vida en Sí mismo (Juan 5:26), y Él envía el Espíritu (Juan 15:26). Suya es la elección y el beneplácito (Mat. 11:26 y Efe. 1:4, 9, 11). De Él procedieron la creación, la providencia, la redención y la renovación (Sal. 33:6 y Juan 3:16). A Él le son dados, en un sentido especial, el reino y el poder y la gloria (Mat. 6:13). Él, de manera particular, lleva el nombre de *Dios* en distinción del *Señor* Jesucristo y el Espíritu Santo. De hecho, Cristo mismo como Mediador le llama Su Padre, no solamente eso, sino también Su Dios (Mat. 27:46 y Juan 20:17) y Cristo mismo es llamado el Cristo de Dios.¹⁰ En una palabra, la primera persona del ser Divino *es el Padre* porque “*de Él* son todas las cosas” (1 Cor. 8:6).

Si Dios es el Padre la inferencia es que también hay un *Hijo* quien recibió vida procedente de Él y quien comparte Su amor. En el Antiguo Testamento el nombre del hijo de Dios se usó para los ángeles,¹¹ para el pueblo de Israel,¹² y particularmente también para el rey teocrático de ese pueblo.¹³ Pero en el Nuevo Testamento este nombre asume un significado mucho más profundo. Pues Cristo es el Hijo de Dios en un sentido muy peculiar; Él es sumamente exaltado por encima de los ángeles y los profetas (Mat. 13:32; 21:27 y 22:2), y Él mismo dice que nadie puede conocer al Hijo excepto el Padre, y nadie puede conocer al Padre excepto el Hijo (Mat. 11:27). En distinción de los ángeles y de los hombres, Él es el propio Hijo del Padre (Rom. 8:32), el Hijo amado en quien el Padre halla su complacencia

9 Mateo 11:27; Marcos 12:6 y Juan 5:20.

10 Lucas 9:20; 1 Cor. 3:23 y Apoc. 12:10.

11 Job 38:7.

12 Deut. 1:31; 8:5; 14:1; 32:6, 18 y Oseas 11:1.

13 2 Sam. 7:11-14, Sal. 2:7.

(Mat. 3:17), el unigénito Hijo (Juan 1:18) a quien el Padre le otorgó tener vida en Sí mismo (Juan 5:26).

Esta relación única y muy especial, entre el Padre y el Hijo, no se desarrolló en el tiempo por medio de la concepción sobrenatural del Espíritu, o de la unción del bautismo, o de la resurrección y la ascensión – aunque muchos han sostenido esto – sino que es una relación que ha existido desde toda la eternidad. El Hijo, quien en Cristo asumió la naturaleza humana, estaba en el principio con Dios como la Palabra (Juan 1:1), entonces ya tenía la forma de Dios (Fil. 2:6), era rico y estaba vestido con gloria (Juan 17:5, 24), ya tenía entonces la brillantez de la gloria de Dios y la expresa imagen de Su persona (Heb. 1:3), y precisamente por eso pudo, en la plenitud del tiempo, ser enviado, dado e introducido al mundo.¹⁴ De donde también, la creación (Juan 1:3 y Col. 1:16) y la providencia (Heb. 1:3) y la realización de toda la salvación (1 Cor. 1:30) le son atribuidas a Él. Él no es hecho o creado, como las criaturas que sí lo son, sino que más bien es el primogénito de todas las criaturas, quien es el Hijo, quien tiene el rango y los derechos del primogénito sobre todas las criaturas (Col. 1:15). De este modo Él es también el primogénito de los muertos, el primogénito de muchos hermanos, y por ende, por todo y en todos, Él es el primero (Rom. 8:29 y Col. 1:18). Y aún cuando en la plenitud del tiempo asumió la forma de siervo, no obstante tenía la forma de Dios. Era, en todas las cosas, como Dios el Padre (Fil. 2:6); en la vida (Juan 5:26), en el conocimiento (Mat. 11:27), en fortaleza (Juan 1:3 y 5:21, 26), en honor (Juan 5:23). Él mismo es Dios, quien ha de ser alabado por encima de todo en la eternidad.¹⁵ Así como todas las cosas son *del* Padre, así también todas son *por medio* del Hijo (1 Cor. 8:6).

* * * * *

Ambos, el Padre y el Hijo, aparecen juntos y se hallan unidos en el *Espíritu Santo* y por medio del Espíritu habitan en todas las criaturas. Ciertamente, Dios es, según Su naturaleza, un Espíritu (Juan 4:24) y Él es santo (Isa. 6:3); pero el Espíritu Santo se distingue claramente de Dios como Espíritu. Así como, en una forma comparativa de hablar, el hombre es un espíritu en su naturaleza invisible y también posee un espíritu, por medio del cual es consciente de sí mismo y es auto-consciente, así Dios es un Espíritu por naturaleza y también posee un Espíritu, un Espíritu que escudriña las profundidades de Su ser (1 Cor. 2:11). Como tal este último es llamado el Espíritu de Dios o el Espíritu Santo (Sal. 51:12 e Isa. 63:10-11). Y esto se hace en distinción del espíritu de un ángel o de un ser humano o de cualquier otra criatura. Pero, aunque se distingue de Dios, del Padre y del Hijo, se halla en la más íntima de las relaciones con ambos. Él es llamado al aliento del Todopoderoso (Job 33:4), el aliento de Su boca (Sal. 33:6), es enviado por el Padre y el Hijo (Juan 14:26 y 15:26), y procede de ambos, no solo del Padre (Juan 15:26) sino también del Hijo, pues Él también es llamado el Espíritu de Cristo o el Espíritu del Padre (Rom. 8:9).

Aunque el Espíritu Santo es, de esa manera, dado, enviado o derramado por el Padre y el Hijo, a menudo hace Su aparición como un poder o don que capacita a los hombres para su llamado u oficio. Así, por ejemplo, se habla del Espíritu Santo en varios lugares en los Hechos de los Apóstoles en conexión con el don de profecía (8:15; 10:44; 11:15; 15:8 y 19:2). Pero no es justificado inferir de ese hecho, como muchos hacen, que el Espíritu

¹⁴ Juan 3:16; Gál. 4:4 y Heb. 1:6.

¹⁵ Juan 1:1; 20:8; Rom. 9:5 y Heb. 1:8-9.

Santo es nada más que un don o el poder de Dios. En otros lugares Él definitivamente hace Su aparición como una persona, uno que lleva nombres personales, que tiene características personales y realiza hechos personales. De este modo, en Juan 15:26 y 16:13, 14 (aunque el Griego de la palabra traducida *Espíritu* en nuestro idioma es de género neutro) Cristo usa el referente masculino: *Él* testificará de Mí y Me glorificará. Al mismo tiempo Cristo le llama el Consolador, usando el mismo nombre que se usa de Cristo en 1 Juan 2:1, un nombre traducido *abogado* en la versión en Inglés.

Además de estos nombres personales se le adjudican toda clase de características personales al Espíritu Santo: por ejemplo, conciencia (Hch. 13:2), auto-consciencia (Hch. 15:28), auto-determinación o voluntad (1 Cor. 12:11). Además se le acreditan todo tipo de actividades personales, tales como investigar (1 Cor. 2:11), escuchar (Juan 16:13), hablar (Apoc. 2:17), enseñar (Juan 14:26), orar (Rom. 8:27), y similares. Y todo esto surge, con la mayor claridad y de la forma más sublime, en el hecho de que Él es colocado en el mismo nivel con el Padre y el Hijo (Mat. 28:19 y 2 Cor. 13:14).

El último punto es el más importante e indica el hecho que el Espíritu Santo no es meramente una persona sino también Dios mismo. Y las Escrituras proveen toda la información necesaria para hacer esta confesión. Tenemos solamente que anotar que, a pesar de la distinción entre Dios y Su Espíritu que fue señalada antes arriba, los dos frecuentemente intercambian lugares en la Escritura, de modo que es casi lo mismo si Dios o Su Espíritu dice o hace una cosa. En Hechos 5:3-4 el mentir al Espíritu Santo es llamado mentir a Dios. En 1 Corintios 3:16 los creyentes son llamados el templo de Dios, porque el Espíritu de Dios habita en ellos. A estos hechos debemos añadir que varios atributos Divinos, tales como la eternidad (Heb. 9:14), la omnipresencia (Sal. 139:7), la omnisciencia (1 Cor. 2:11), la omnipotencia (1 Cor. 12:4-6), y varias obras Divinas, tales como la creación (Sal. 33:6), la providencia (Sal. 104:30), y la redención (Juan 3:3) le son adscritas al Espíritu Santo lo mismo que al Padre y al Hijo. Por consiguiente Él comparte la misma gloria con aquellos dos. Él toma su lugar junto al Padre y al Hijo como la causa de la salvación (2 Cor. 13:14 y Apoc. 1:4). Es también en Su nombre que somos bautizados (Mat. 28:19), y bendecidos (2 Cor. 13:14). Además, la blasfemia contra el Espíritu Santo es un pecado imperdonable (Mat. 12:31-32). En otras palabras, así como todas las cosas son *del* Padre y *por medio* del Hijo, todas ellas existen y descansan *en* el Espíritu Santo.

Todos estos elementos de la doctrina de la trinidad, diseminados a lo largo de las Escrituras, fueron reunidas, por así decir, por Jesús en su mandamiento bautismal y por los apóstoles en sus bendiciones. Después de Su resurrección y antes de Su ascensión Cristo les pide a Sus apóstoles que vayan y hagan a todas las gentes Sus discípulos y que les bauticen en un nombre en el cual, no obstante, son revelados tres sujetos diferentes. Padre, Hijo y Espíritu son, en su unidad y en su distinción, la plenitud de la revelación perfecta de Dios. Así también, de acuerdo a los apóstoles, todo el bien y la salvación del hombre está contenido en el amor del Padre, la gracia del Hijo y la comunión del Espíritu Santo.¹⁶ La buena voluntad, la presciencia, el poder, el amor, el reino y la fortaleza son del Padre. La obra de mediación, la reconciliación, la gracia y la redención son del Hijo. La regeneración, la renovación, la santificación y la redención son del Espíritu.

¹⁶ 1 Cor. 13:14; 1 Pedro 1:2; 1 Juan 5:4-6 y Apoc. 1:4-6.

La relación en la que Cristo se halla con el Padre se corresponde plenamente con la relación del Espíritu para con Cristo. Así como el Hijo no habla nada y no hace nada por Sí mismo sino que lo recibe todo del Padre (Juan 5:26 y 16:15), así el Espíritu Santo toma todo de Cristo (Juan 16:13-14). Así como el Hijo testimonia del Padre y glorifica al Padre (Juan 1:18 y 17:4, 6), así el Espíritu Santo testimonia del Hijo y le glorifica (Juan 15:26 y 16:14). Así como nadie llega al Padre sino por el Hijo (Juan 14:6), así nadie puede decir que Jesús es el Señor excepto por el Espíritu Santo (1 Cor. 12:3). A través del Espíritu tenemos comunión con el Padre y el Hijo. Es en el Espíritu Santo que Dios mismo por medio de Cristo habita en nuestros corazones. Y si todo esto es así, entonces el Espíritu Santo es, junto con el Hijo y el Padre, el único Dios verdadero, y ha de ser eternamente ensalzado y alabado como tal.

* * * * *

A esta instrucción del Espíritu Santo la iglesia Cristiana en su confesión de la Trinidad de Dios ha dicho sí y amén. La iglesia no llegó a esta rica y gloriosa confesión sin una larga y dura batalla de los espíritus. Durante siglos la experiencia más profunda de la vida espiritual de los hijos de Dios y el más fino intelecto de los padres y maestros de la iglesia llegaron al entendimiento de este punto de la revelación de la Escritura y a reproducirla con pureza en la confesión de la iglesia. Sin duda la iglesia no hubiese tenido éxito en este esfuerzo de establecer los fundamentos si no hubiese sido conducida a la verdad por el Espíritu Santo, y si en Tertuliano e Ireneo, Atanasio y los tres Capadocios, Agustín e Hilario, y muchos otros, no hubiese recibido a los hombres que, dotados y equipados con dones inusitados de piedad y sabiduría, mantuvieron el rumbo correcto.

Nada menos que la esencia peculiar del Cristianismo se hallaba en juego en esta batalla de los espíritus. Desde dos flancos la iglesia estaba expuesta al peligro de permitirse a sí misma ser arrancada del firme fundamento sobre el cual estaba edificada y verse así sumergida por el mundo.

Por un lado, estaba la amenaza del Arrianismo, llamado así por el presbítero Alejandrino Arrio quien murió en el año 336. Arrio sostenía que solo el Padre era el Dios eterno y verdadero, en tanto que sólo Él, en el pleno sentido de la palabra, era no generado. Con respecto al Hijo, el Logos, quien en Cristo se había vuelto carne, enseñaba que, en vista del hecho que este Cristo era generado, no podía ser Dios sino que tenía que ser una criatura – una criatura, es verdad, quien había sido hecho antes que las otras criaturas, pero que sin embargo fue hecho como lo fueron ellos por la voluntad de Dios. Y, de la misma manera, Arrio sostenía que el Espíritu Santo era una criatura o sino una cualidad o atributo de Dios.

Por otro lado el partido del Sabelianismo estaba en operación, llamado así de acuerdo a un cierto Sabelio quien vivió en Roma a principios del tercer siglo. Sabelio sostenía que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo eran tres nombres para uno y el mismo Dios – un Dios que se había dado a conocer a Sí mismo de este modo sucesivamente a medida que Su revelación progresaba en varias formas y manifestaciones. Por consiguiente, en la forma del Padre, Dios estaba en operación como Creador y Legislador. De allí en adelante operó como Redentor en la forma del Hijo. Y ahora opera en la forma del Espíritu Santo como el Re-creador de la iglesia.

Mientras que el Arrianismo trata de mantener la unicidad de Dios, colocando al Hijo y al Espíritu fuera del ser Divino y reduciendo a estos al nivel de criaturas, el Sabelianismo trata de llegar a mismo fin quitándoles a las tres personas de la Deidad su independencia. Esto lo hace aplicando una metamorfosis a las personas en tres modos sucesivos de revelación en el mismo Ser Divino. En la primera tendencia el modo de pensamiento Judío, deísta y racionalista llega a expresarse de manera más bien característica, y en la segunda la idea del panteísmo y el misticismo Pagano. En el momento en que la iglesia se dio a la tarea de dar un registro claro de la verdad que fue más tarde declarada en la confesión de la Trinidad de Dios, en ese momento estas otras dos tendencias surgieron a derecha e izquierda, y acompañan a la confesión de la iglesia hasta este día. Una y otra vez la iglesia y cada uno de sus miembros deben estar en guardia para no hacerle injusticia por un lado a la unicidad del Ser Divino, y por el otro, a las tres Personas en ese Ser. La unicidad no puede sacrificarse frente a la diversidad, ni la diversidad frente a la unicidad. El mantener ambas en su conexión inseparable y en su pura relación, no solo teóricamente sino también en la vida práctica, es el llamado de todos los creyentes.

Con el objetivo de satisfacer este requerimiento la iglesia Cristiana y la teología Cristiana en los períodos iniciales hizo uso de varias palabras y expresiones que no pueden encontrarse literalmente en las Sagradas Escrituras. La iglesia comenzó a hablar de la *esencia* de Dios y de tres *personas* en aquella esencia del ser. Hablaba de las características *trina* y *trinitaria*, o de características *esenciales* y *personales*, y de la *generación eterna* del Hijo y de la *procesión* del Espíritu Santo del Padre y del Hijo, y cosas similares.

No hay ninguna razón por la cual la iglesia y la teología Cristiana no debían usar tales términos y modos de expresión. Pues la Sagrada Escritura no fue dada a la iglesia por Dios para ser repetidas de manera irreflexiva sino para ser entendida en toda su plenitud y riqueza, y para ser replanteada en su propio lenguaje de modo que de esta manera pudiera proclamar las poderosas obras de Dios. Además, tales términos y expresiones son necesarios con el objeto de mantener la verdad de la Escritura en contra de sus oponentes y para asegurarla contra los malos entendidos y el error. Y la historia ha enseñado a lo largo de los siglos que una desaprobación y un rechazo despreocupado de estos nombres y modos de expresión conducen a varias desviaciones de la confesión.

Al mismo tiempo, debiésemos, en el uso de estos términos, recordar siempre que son de origen humano, y por lo tanto, limitados, defectuosos y falibles. Los padres de la iglesia siempre reconocieron esto. Por ejemplo, sostenían que el término *personas* que fue usado para designar las tres maneras de existencia en el Ser Divino no hacían justicia a la verdad en la materia sino que servían como una ayuda para el sostenimiento de la verdad y la extirpación del error. La palabra fue escogida, no porque fuese precisa en todos los aspectos, sino porque no se encontró otra mejor. En este asunto, una vez más, la palabra está muy detrás del pensamiento, y el pensamiento se halla muy detrás de la realidad. Aunque no podemos preservar la realidad de ninguna manera, excepto de esta forma inadecuada, no podemos olvidar nunca que es la realidad en sí, y no la palabra, lo que cuenta. En la dispensación de gloria otras mejores expresiones ciertamente serán puestas en nuestros labios.

* * * * *

La realidad en sí, la que está implicada en la confesión de la santa trinidad, es de la más alta importancia, tanto para la mente como para el corazón.

Pues es por esa confesión que la iglesia sostiene, en primer lugar, tanto la unidad como la diversidad en el ser de Dios. El Ser Divino es uno: no hay allí sino un Ser que es Dios y que puede ser llamado Dios. En la creación y en la redención, en la naturaleza y en la gracia, en la iglesia y en el mundo, en el estado y la sociedad, en todas partes y siempre estamos interesados en uno y el mismo Dios vivo y verdadero. La unidad del mundo, de la humanidad, de la verdad, de la virtud, de la justicia y de la belleza depende de la unidad de Dios. En el momento que esa unidad de Dios es negada o se halle bajo presión, en ese momento se abre la puerta al politeísmo.

Pero esta unidad o carácter único de Dios es, de acuerdo a la Escritura y a la confesión de la iglesia, no una unidad sin contenido, no una condición solitaria, sino una plenitud de vida y fortaleza. Se compone de diferencia, o distinción, o diversidad. Es esa diversidad la que llega a expresarse en las tres personas o modos del ser de Dios. Estas tres personas no son meramente tres modos de revelación. Son modos del ser. Padre, Hijo y Espíritu comparten una y la misma naturaleza y características Divinas. Ellos son un ser. Sin embargo, cada uno tiene Su propio nombre, Sus propias características particulares, por el cual se distingue de los otros. Solo el Padre tiene paternidad, solo el Hijo tiene generación, y solo el Espíritu posee la cualidad de proceder de ambos.

A ese orden de existencia en el Ser divino se corresponde el orden de las tres personas en toda obra Divina. El Padre es aquel *de quien*, el Hijo es aquel *a través de quien*, y el Espíritu es aquel *en quien* son todas las cosas. Todas las cosas en la creación, y en la redención o re-creación provienen del Padre, por medio del Hijo y el Espíritu. Y en el Espíritu y por medio del Hijo regresan a Él. Por lo tanto, es con el Padre con quien estamos particularmente en deuda, por su amor electivo, con el Hijo por Su gracia redentora, y con el Espíritu por su poder regenerador y renovador.

En segundo lugar, la iglesia, al sostener esta confesión, toma una fuerte posición en contra de las herejías del deísmo (creencia en Dios sin revelación), del panteísmo (politeísmo), y del Judaísmo y el Paganismo. Siempre existe esa tendencia dual en el corazón humano: la tendencia a pensar de Dios como distante y lejano y a pensar de sí mismo y del mundo como independientes de Dios, y la tendencia de rebajar a Dios a nivel del mundo, a identificarlo con el mundo, y deificar así al *yo* y al mundo. Cuando la primera tendencia prevalece en nosotros llegamos al punto de pensar que podemos arreglárnoslas sin Dios en la naturaleza, en nuestro llamado, en nuestra ocupación, en nuestra ciencia y arte, y también en la obra de redención. Y, si la segunda tendencia prevalece en nosotros, cambiamos la gloria de Dios a la imagen de alguna u otra criatura, deificamos al mundo, al sol, la luna y las estrellas, el arte, la ciencia, o el estado, y en la criatura, generalmente concebida a nuestra imagen, adoramos nuestra propia grandeza. En el primer caso Dios solamente se halla *muy* lejos; en el segundo, Él solamente está *muy* cerca. En el primer caso, Él se halla fuera del mundo, por encima de él, libre de él; en el segundo, Él está dentro de él y es idéntico con él.

Pero la iglesia confiesa ambas cosas: Dios se halla por encima del mundo, se distingue de él en esencia, y no obstante, Él está, con todo Su ser, presente en él y en ningún punto en el espacio ni en el tiempo se halla separado de él. Él se halla tanto lejano como cercano. Él se halla altamente exaltado por encima de todas las criaturas y al mismo tiempo es profundamente condescendiente con todas ellas. Él es nuestro Creador que nos trajo a la existencia por Su voluntad como criaturas distintas de Él en clase. Él es nuestro Redentor que nos salva, no por nuestras obras sino por las riquezas de Su gracia. Él es nuestro Santificador, quien habita en nosotros como en Su templo. Como el Dios trino Él es un Dios y se halla *por encima* de nosotros, es *por* nosotros, y está *en* nosotros.

Finalmente, en tercer lugar, esta confesión de la iglesia es también de la mayor importancia para la vida espiritual. Con bastante falta de justificación algunas veces se sostiene que la doctrina de la trinidad es meramente un dogma filosóficamente abstracto y que no posee valor alguno para la religión y la vida. La Confesión de Fe Reformada toma una posición totalmente diferente en cuanto a esto. En el Artículo XI de esa Confesión la iglesia declaró que Dios es uno en esencia y tres en personas. Esto lo sabemos por el testimonio de la Sagrada Escritura, y por las actividades de las tres personas, especialmente aquellas que sentimos en nuestro interior. Es cierto que, no basamos nuestra fe en la trinidad en el sentimiento o en la experiencia; pero cuando la creemos nos damos cuenta que la doctrina se halla en íntima relación con la experiencia espiritual de los hijos de Dios.

Pues los creyentes llegan a conocer las obras del Padre, el Creador de todas las cosas, a Aquel que les dio vida, y aliento y todas las cosas. Ellos aprenden a conocerle como el Legislador que entregó Sus santos mandamientos para que pudiesen andar en ellos. Aprenden a conocerle como el Juez, quien es provocado a una ira terrible por toda la injusticia de los hombres y quien de ninguna manera tiene por inocente al culpable. Y aprenden a conocerle, finalmente, como el Padre quien, por causa de Cristo, es su Dios y Padre, en quien confían a tal punto que no dudan que Él suplirá para toda necesidad de cuerpo y alma, y que cambiará en bien todo mal que se acumula a su alrededor en este valle de lágrimas. Ellos saben que Él puede hacer esto como el Dios Todopoderoso y que Él quiere hacerlo como un Padre fiel. Por lo tanto confiesan: Creo en Dios Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra.

Así también, aprenden a conocer en ellos mismos las obras del Hijo, Aquel que es el unigénito del Padre, concebido en María por el Espíritu Santo. Aprenden a conocerle como Su más elevado Profeta y Maestro, Quien les ha revelado de manera perfecta el consejo secreto y la voluntad de Dios en lo relacionado con su redención. Aprenden a conocerle como su único Sumo sacerdote, quien les ha redimido por el único sacrificio de Su cuerpo, y quien aún intercede constantemente por ellos al Padre. Aprenden a conocerle como su Rey eterno, quien les gobierna con Su Palabra y Espíritu y quien les refugia y preserva en su redención ya lograda. Por lo tanto confiesan: Creo en Jesucristo, el unigénito Hijo de Dios, nuestro Señor.

Y también aprenden a reconocer en ellos mismos las obras del Espíritu Santo, Aquel que les regenera y les dirige a toda verdad. Aprenden a conocerle como el Operador de su fe, Aquel que por medio de esa fe les hace participar en Cristo y en todos Sus beneficios.

Aprenden a conocerle como el Consolador (el que conforta), Aquel que ora en ellos con gemidos indecibles y quien testifica con su espíritu de que son hijos de Dios. Aprenden a conocerle como la promesa de su herencia eterna, Quien les preserva hasta el día de su redención. Y por lo tanto confiesan: Creo también en el Espíritu Santo.

De modo que, la confesión de la trinidad es la suma total de la religión Cristiana. Sin ella ni la creación ni la redención ni la santificación pueden sostenerse de manera pura.

Todo alejamiento de esta confesión conduce al error en los otros puntos de la doctrina, así como una representación errónea de los artículos de la fe pueden ser rastreados hasta una mala interpretación de la doctrina de la trinidad. Podemos proclamar verdaderamente las poderosas obras de Dios solo cuando las reconocemos y confesamos como la gran obra del Padre, el Hijo y el Espíritu.

En el amor del Padre, la gracia del Hijo y la comunión del Espíritu Santo se halla contenida la salvación total de los hombres.

El Autor

Nacido el 13 de Diciembre de 1854, en Hoogeveen, Drenthe, Holanda, Herman Bavinck fue hijo del Reverendo Jan Bavinck, una figura destacada en la secesión de la Iglesia Estatal de los Países Bajos en 1834. Después de sus estudios teológicos en Kampen, y en la Universidad de Leiden, se graduó en 1880, y sirvió como ministro de la congregación en Franeker, Friesland, por un año. De acuerdo a sus biógrafos grandes multitudes se reunían para oír su extraordinaria exposición de las Escrituras.

En 1882 fue nombrado Profesor de Teología en Kampen, y enseñó allí desde 1883 hasta su designación, en 1902, a la cátedra de Teología sistemática en la Universidad Libre de Ámsterdam, donde sucedió al gran Abraham Kuyper, entonces recién nombrado Primer Ministro de los Países Bajos. En esta posición – una designación que tuvo en dos ocasiones antes de declinarla – sirvió Bavinck hasta su muerte en 1921.